

EL MUSEO CARLISTA DE MADRID

JAVIER URCELAY ALONSO

Museo Carlista de Madrid

jurcelaya@yahoo.es

RESUMEN: En abril de 2019 se ha inaugurado como iniciativa privada el Museo Carlista de Madrid, situado en la localidad de San Lorenzo de El Escorial. En el presente trabajo se exponen el origen del nuevo museo, sus objetivos y filosofía. Se describen las salas y dependencias del mismo, así como los objetos que componen la colección y fondos del Museo. Documentos originales, recuerdos históricos de las Guerras Carlistas y obras de arte de diverso tipo constituyen un conjunto que permite recorrer la historia carlista desde sus orígenes, que en el Museo se remontan hasta la Guerra de la Independencia, hasta la última guerra civil y la inmediata posguerra. El nuevo museo se convierte en referencia obligada para todos los interesados en la historia del Carlismo.

PALABRAS CLAVE: Carlismo – Guerras Carlistas – Reyes carlistas – Requeté – Borbón – Historia siglo XIX – Guerra civil española

THE MADRID CARLIST MUSEUM

SUMMARY: In April 2019, the Carlist Museum of Madrid, located in the town of San Lorenzo de El Escorial, was inaugurated as a private initiative. In the present paper the origin of the new museum, its objectives and philosophy are exposed. It describes the rooms and dependencies of the same, as well as the objects that make up the collection and funds of the Museum. Original documents, historical memories of the Carlist Wars and pieces of art of various kinds constitute a group that allows to go through the Carlist history from its origins, which in the Museum go back to the Peninsular War, until the last civil war and the immediate postwar period. The new museum becomes a must for all those interested in the history of Carlism.

KEYWORDS: Carlism – Carlist Wars – Carlist Kings – Requeté – Borbon – 19th century Spanish History – Spanish civil war

Javier Urcelay Alonso. Fundador y responsable del Museo Carlista de Madrid. Es autor de varios libros de investigación histórica, fundamentalmente sobre la figura del conde de Morella y el Maestrazgo carlista. Igualmente es autor de numerosos ensayos de bioética y pensamiento social cristiano. Profesionalmente su carrera se ha desarrollado en la industria farmacéutica, donde ha dirigido empresas multinacionales en España, ha sido vicepresidente de la patronal del sector e impartido docencia en distintas universidades y escuelas de negocio.

EL CARLISMO EN EL PANORAMA MUSEÍSTICO ESPAÑOL ACTUAL

Son pocos los museos existentes en el país dedicados al carlismo, aunque en bastantes otros puedan encontrarse, de manera ocasional, objetos o recuerdos relacionados con el mismo. Entre los primeros destacan el Museo Carlista de Estella, el Museo Zumalacárregui de Ormaiztegui (Guipúzcoa) o el de Cantavieja (Teruel), entre los de titularidad pública, y el de Tabar (Navarra) o Villalba de los Arcos (Tarragona) entre los de iniciativa privada.

En Museo de Estella, propiedad de la Diputación de Navarra –aunque para su puesta en marcha el impulso procediera de personas y entidades particulares¹–, ha sido hasta hace poco el museo de referencia sobre el carlismo. Lo ha sido por su ubicación, en la que fue capital carlista del territorio carlista por excelencia que fue Navarra, y por los objetos que constituyen sus fondos, procedentes muchos de ellos del extinto Museo de Recuerdos Históricos de Pamplona y que pudieron salvarse de los truculentos avatares que sufrió su extraordinaria colección. También por su imparcialidad y rigor histórico. Sin embargo, en fecha reciente, las presiones políticas se han dejado notar, tanto en los cambios en el Patronato del Museo como en el propio planteamiento de la exposición, que ha introducido un sesgo ideológico muy discutible, sobre todo en lo que se refiere al carlismo contemporáneo.

Otro tanto ha ocurrido con el Museo Zumalacárregui, al que la orientación política de la diputación guipuzcoana ha afectado no tanto a la exposición en sí –que presenta, no obstante, al carlismo como si se hubiera tratado de una “insurrección de los vascos”– sino a las actividades del Museo como institución cultural.

En cuanto al museo de Cantavieja, aparte de la modestia de su colección formada mayoritariamente por cartelería creada al efecto y sin apenas piezas originales, adolece de un anticarlismo panfletario y caricaturizador que le resta cualquier interés como museo de historia.

En lo referente a los museos públicos que sin ser monográficos contienen importante presencia de piezas o recuerdos carlistas, cabe destacar el soberbio Museo Cerralbo de Madrid, centrado en las colecciones y objetos pertenecientes al prócer carlista D. Enrique Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo, que fue representante de Don Carlos en España. También el Museo Romántico de la capital conserva algunas valiosas piezas, como también el Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el Palacio Real y otros Reales Sitios; y, por supuesto, el Museo del Prado en el que se encuentran algunos cuadros, especialmente retratos, de gran valor histórico y artístico. En el País Vasco merece destacarse el Museo de San Telmo, de San Sebastián, con un espacio

¹ Puede mencionarse en este sentido la Fundación Ignacio Larramendi.

reducido pero interesante dedicado al carlismo, el Museo de Arte e Historia de Durango o el Museo Vasco de Bilbao. Finalmente, no pueden olvidarse los museos militares, como el Museo del Ejército de Toledo en lugar destacado, el de Valencia, el de Barcelona, o los situados en dependencias militares como el Museo de la Academia de Caballería de Valladolid. Entre todos ellos encontramos cientos de cuadros, objetos y recuerdos históricos que bien merecerían catalogarse unitariamente dado que su actual dispersión impide poder formarse una idea de conjunto.

En cuanto a los museos privados, sobresale especialmente el museo de Tabar (Navarra) que contiene la extraordinaria colección de la Fundación Jaureguizar, de profundas raíces navarras y carlistas, o el dedicado en el pueblo de Villalba de los Arcos (Tarragona) a mostrar los recuerdos del Tercio de Montserrat, precisamente en uno de los enclaves en los que hizo gala de su heroísmo en combate.

El panorama museístico descrito en el que, con las excepciones señaladas, la dispersión o la incompreensión del significado histórico del carlismo son las notas dominantes, dan especial relieve al nacimiento del nuevo Museo Carlista de Madrid, llamado a llenar ese cierto vacío y a poner en valor una historia tan olvidada como deformada. (Foto 1, ver Anexo)

EL MUSEO DEL CARLISMO DE MADRID Y LA LLAMADA “MEMORIA HISTÓRICA”

George Berkeley (1685-1753), el escritor y pastor anglicano irlandés, filósofo de la ciencia, metafísico y padre de la filosofía conocida como idealismo subjetivo o inmaterialismo, en su “Tratado sobre los principios del conocimiento humano” (1710) y otras obras posteriores, desarrolló un original sistema filosófico, cuyo principio fundamental es que el mundo que se representa en nuestros sentidos sólo existe si es percibido. Berkeley propuso que no se puede saber si un objeto es, sólo puede saberse un objeto siendo percibido por una mente. En consecuencia, los objetos percibidos son los únicos acerca de los que se puede conocer. Cuando se habla de un objeto real en realidad se habla de la percepción del objeto.

Reflexionando sobre esta inquietante teoría, el filósofo Antonio Fornés se pregunta si, por ejemplo, la mesa o silla que tenemos delante dejarían de existir una vez que abandonáramos la habitación donde están; porque el hecho es que “para comprobar la continuidad de la existencia de estos objetos tendríamos que volver a la sala, es decir volver a verlos, volver a percibirlos”. Y aún se puede llevar el argumento más lejos: “nosotros hombres vulgares y sin ningún hecho trascendental en nuestras vidas, cuando dentro de, digamos, 200 años nadie nos recuerde, cuando ya no quede ningún recuerdo de nuestro discurrir en el mundo, ¿habremos existido realmente?”.

En resumen y según Berkeley, “las cosas no son percibidas porque existen, sino que existen porque son percibidas”².

Este pensamiento me recuerda la impresión que sentí, hace ya más de una década, cuando abrí el balcón de la sala del primer piso del Casino agrícola de Valderrobres, en el mismo sitio en el que su ayudante Arévalo comunicó al general Cabrera –cuya biografía escribía yo por entonces– que los liberales habían fusilado a su anciana madre. Conmocionado y sintiendo una opresión en el pecho que le hizo salir al balcón a buscar el aire que le faltaba, Cabrera anunció allí a los vientos que un *río de sangre* que se elevaría *más alto de los montes* anegaría a los que habían cometido acto de tanta vileza. Aquél balcón se abría como un voladizo sobre el río Matarraña y al frente se contemplaba la imponente mole de los Puertos de Beceite. Aquella percepción de mis ojos entonces, aquél río y aquellos montes que podía ver, y que en su momento inspiraron la exclamación de Cabrera, me permitieron estar seguro de la historicidad de aquel episodio: había *tenido lugar* (yo lo había *visto*), había *existido*, y no era sólo un producto de mi imaginación.

Hoy la llamada Ley de Memoria Histórica, que en un intento orweliano trata de borrar la historia que no conviene a la nueva *constructo* ideológica que se nos impone, aplica sin saberlo la filosofía de Berkeley: sólo existe lo que puede percibirse. Por tanto, si eliminamos cualquier vestigio perceptible, sea un monumento, una lápida, el nombre de una calle o un simple documento, lo que ocurrió, el pasado, dejará de existir, simplemente se esfumará porque *en la práctica* nunca habrá existido.

Todo lo anterior es aplicable a la Historia de España en su conjunto, como Elvira Roca ha tenido la valentía de documentar en su extraordinario alegato *Imperiofobia y Leyenda Negra*³. Lo es también especialmente al carlismo, quizás lo más opuesto a la ideología dominante y que ya antes de imponerse la actual reelaboración de la Historia había sufrido el triste destino reservado a las causas perdidas. Desaparecidos sus restos tangibles, retirados con saña sus recuerdos de pueblos y vías públicas, destruidos los monumentos que conmemoraban sus gestas, ocultado el nombre de sus protagonistas, desaparecido su traza de los manuales escolares de Historia, su existencia será ya imperceptible –ni ojos, ni oídos, ni tacto podrán percibir su huella– y por tanto simplemente habrá dejado de existir o, para ser más exactos, nunca existió.

Contra esta perversidad de retirar de la circulación cualquier vestigio perceptible de nuestro pasado, no hay mejor antídoto que el *balcón de Valderrobres*: abrir el baúl de los recuerdos, poner encima de la mesa los documentos con su olor a papel añejo, excavar los fuertes y las trincheras, mirar a la cara a

2 Antonio FORNES, *Viaje a la sabiduría*, Barcelona: Editorial Diéresis, 2018, p. 53-54.

3 María Elvira ROCA BAREA, *Imperiofobia y Leyenda Negra*, Madrid: Ediciones Siruela, 2016.

los protagonistas plasmados en los viejos retratos del XIX, rescatar los libros cubiertos de polvo, releer las cartas, pasar los dedos por los sables oxidados y la tela raída de los uniformes, mirar las banderas que antaño tremolaron al frente de los batallones... *Percibir*, en una palabra, con los sentidos, para estar muy seguros de que todo aquello existió, y de que, en la medida de que lo seguimos percibiendo, tendrá la capacidad de seguir siempre existiendo.

El nuevo Museo Carlista de Madrid, inaugurado en abril de 2019 en San Lorenzo de El Escorial, es así en este sentido un museo que responde a la inquietud berkeliiana. Sus objetos y recuerdos de la historia carlista, tangibles y perceptibles con los ojos, los oídos, el tacto y el olfato, constituyen la mejor vacuna contra la pretensión totalitaria de negar que el carlismo tuvo una existencia real externa independiente de la nueva *constructo*. Con él recobrará *la continuidad de la existencia* aquella cadena ininterrumpida de hombres y mujeres que durante los dos últimos siglos de nuestra historia, pusieron sus afanes y su sangre para que la España tradicional siguiera viviendo.

EMPLAZAMIENTO DEL MUSEO CARLISTA DE MADRID EN SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

San Lorenzo de El Escorial fue uno de los llamados *Reales Sitios* en los que la familia real residía alternativamente en las distintas estaciones del año. Carlos IV hizo, sin embargo, de El Escorial su lugar preferido junto con Aranjuez, en detrimento de El Pardo y la Granja. En San Lorenzo pasó, por tanto, muchos otoños de su infancia y adolescencia su hijo el Infante Carlos María Isidro, futuro Carlos V y primer rey de la dinastía carlista. De ello son testigo los retratos del Infante, de su esposa María Francisca y de su primogénito Don Carlos Luis, Conde de Montemolín, pintados por Francisco Lacoma y que se encuentran en el salón de los retratos de la Casita del Príncipe, situada al este del Monasterio⁴.

La vinculación del Infante Don Carlos con El Escorial se acentuaría al adquirir en 1803, junto a su hermano el Infante Don Francisco de Paula, la conocida como *Casa de las familias de los Infantes Carlos María Isidro y Francisco de Paula*, también conocida como *Casa de Peláez*, y que actualmente es la residencia Euroforum, sede de los Cursos de Verano de la Universidad Complutense de Madrid. Precisamente esta circunstancia es la que hace que la calle que va a parar al lugar, en la que se ubica el nuevo Museo Carlista de Madrid, se conozca como *Calle Infantes*, es decir implícitamente, calle de los infantes Carlos María Isidro y Francisco de Paula. Incluso en otras épocas la calle recibió directamente el nombre de *Calle del Infante Don Carlos*.

⁴ Javier JORDÁN DE URRÍES DE LA COLINA, *La Casita del Príncipe de El Escorial*, Madrid: Fundación Iberdrola España, Cuadernos de Restauración de Iberdrola XII, p. 53.

En San Lorenzo de El Escorial nacería el 19 de octubre de 1824 el tercer y último hijo del infante Carlos María Isidro y su primera esposa, la infanta portuguesa María Francisca de Braganza, bautizado con el nombre de Fernando.

No es esta la única vinculación de San Lorenzo de El Escorial con el Carlismo, ni siquiera de su Monasterio. Ya al comienzo de la Primera Guerra las crónicas señalan las simpatías por la Causa de Don Carlos de buena parte de su comunidad de frailes jerónimos, exclaustrados en 1837 por las medidas desamortizadoras. Y también el merodeo por la zona de partidas carlistas vinculadas al ejército con el que el Cura Merino recorría Castilla, tras proclamar a Carlos V en Burgo de Osma. El auxilio prestado a estas partidas, y en particular a un destacamento de Voluntarios Realistas, que no habían acatado su disolución dictada por el gobierno y se dirigían hacia el norte, costó al alcalde su destitución fulminante. Según los partes dirigidos al secretario de Estado y del Despacho de la Guerra por el superintendente general de policía, el brigadier Manuel Latre, el propio cura Merino se llegó a entrevistar con el prior del Monasterio y algunos religiosos de la comunidad⁵. Todo ello dio lugar a una violenta persecución contra cualquier sospechoso de connivencia con la causa de Don Carlos, llegándose al extremo de dictarse orden de registro del Monasterio y a la detención del prior, a pesar de sus intentos de preservar a la comunidad aislando a los religiosos y prohibiendo cualquier tipo de visitas o salidas. Sólo la intervención directa de la reina regente devolvió la libertad al detenido y un sosiego temporal a la comunidad religiosa hasta la llegada de las medidas desamortizadoras.

Siguiendo las órdenes del gobierno, los bienes en El Escorial pertenecientes al Infante Carlos María Isidro y su familia más cercana le fueron expropiados, incluyendo el edificio del actual Euroforum. La calle adyacente, que se llamaba del Infante Don Carlos, quedó sólo como *calle del Infante* –en la actualidad, *de los Infantes*–, pues se trataba de borrar y destruir toda alusión relativa al Pretendiente⁶.

En tiempos más recientes, San Lorenzo de El Escorial volvió a vincular su nombre al carlismo, al acoger del 1 al 4 de mayo de 1986 el histórico Congreso de la Unidad, por el que las tres entidades carlistas más importantes –la Unión Carlista, la Comunión Tradicionalista y la Comunión Católico-Monárquica– se fusionaron para dar nacimiento a la Comunión Tradicionalista Carlista como heredera y continuadora de la historia y pensamiento político del carlismo.

Finalmente, del 20 al 24 de Julio de 1992, El Escorial acogió –precisamente en el Euroforum– el Curso de Verano sobre las Guerras Carlistas, dirigido por

5 José Antonio GALLEGO GARCÍA, *El Cura Merino. El vendaval de Castilla*, Madrid: Foro para el estudio de la Historia Militar de España, 2019.

6 *El Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial*, Ayuntamiento de San Lorenzo de El Escorial (texto a cargo de Gabriel Saban Bergamín), Madrid: Editorial Mediterráneo-Meral Ediciones S.L, 2007.

el profesor Alfonso Bullón de Mendoza, y que congregó a los mejores especialistas sobre nuestras guerras civiles del pasado siglo⁷.

Cabe afirmar por tanto sin exageración que San Lorenzo de El Escorial es un lugar vinculado en varios sentidos a la historia del carlismo. Lo que se acentúa ahora con el emplazamiento en la localidad del nuevo Museo Carlista, que de forma no calculada –¿existen las casualidades?– ha resultado venir a caer en la calle que, de alguna manera todavía, lleva el nombre del propio fundador de la dinastía carlista.

ORIGEN DE LA COLECCIÓN

Con motivo de la preparación de mi biografía sobre el general Cabrera⁸, en 1999 inicié la visita a lo que habían sido escenarios vitales del Conde de Morella, tanto en el Maestrazgo como en los lugares de sus exilios en Francia e Inglaterra. De ello quedó constancia en mi libro dedicado al Maestrazgo Carlista⁹, así como en algunas crónicas de viaje publicadas en el *Boletín Carlista de Madrid*¹⁰. Simultáneamente y casi sin pretenderlo, empecé entonces a reunir no sólo cuantos libros y documentos podían servirme a la labor, sino también algunos primeros grabados, cuadros y otros recuerdos relacionados con la figura del llamado Tigre del Maestrazgo y, por extensión, con el carlismo en general.

Este impulso inicial se fue convirtiendo con los años en una verdadera pasión coleccionista, incrementada a medida que me iba haciendo consciente de cómo iban desapareciendo, casi de forma imperceptible, todos aquellos recuerdos de las guerras carlistas. Lo que inicialmente era común y fácil de encontrar, al cabo de pocos años pasaba a ser raro y sólo un tiempo después prácticamente imposible de volver a ver.

Tras casi dos décadas rebuscando en anticuarios, almonedas, mercadillos y casas de subastas, la colección ha ido creciendo hasta convertirse en una de las principales de las que tenemos conocimiento, juntamente con las colecciones públicas del Museo Carlista de Estella, la del Museo Zumalacárregui de Ormaiztegui y las privadas del Museo de Tabar de la Fundación Jaureguizar o la de los herederos del Dr. D. Ramón Hernández¹¹.

7 Alfonso BULLÓN DE MENDOZA (director), *Las Guerras Carlistas*, Madrid: Editorial Actas, 1993.

8 Javier URCELAY ALONSO, *Cabrera. El Tigre del Maestrazgo*, Barcelona: Editorial Ariel, 2006.

9 Javier URCELAY ALONSO, *El Maestrazgo Carlista*, Vinaroz: Editorial Antinea, 2002.

10 *El Boletín Carlista de Madrid* fue una publicación artesanal, de periodicidad un tanto errática, que se publicó en Madrid entre 1993 y 2006. Inicialmente se titulaba *Boletín Informativo de la Junta de Madrid de la Comunión Tradicionalista Carlista de Madrid* y tenía su sede en la calle San Mateo 12, en un local de la Comunión. Más tarde se eliminó el subtítulo y se mantuvo la sede, hasta que fue sustituida en la etapa final por un simple apartado de correos. Su verdadero factórum fue el carlista navarro Javier Lizarza, con cuyo fallecimiento cesó la publicación del *Boletín*.

11 Una buena parte de los recuerdos históricos de la colección del Dr. Hernández se mostraron en la exposición titulada *El Carlisme. Llums sobre un passat amagat*, que se organizó en la Sala de Exposiciones

Paralelamente a la colección de recuerdos históricos, fui reuniendo también una biblioteca especializada en el carlismo. Hoy la biblioteca adscrita al Museo Carlista de Madrid consta de cerca de dos mil volúmenes, de los cuales casi la mitad son publicaciones del siglo XIX, difíciles de encontrar en la mayor parte de las bibliotecas existentes. El fondo documental, por su parte, se compone de más de doscientos documentos originales, la mayor parte de ellos igualmente del siglo XIX, algunos expuestos en las vitrinas del Museo y otros conservados en los fondos del mismo.

ESTRUCTURA Y ORGANIZACIÓN DEL MUSEO CARLISTA

La sede que da cobijo al Museo Carlista de Madrid es un edificio singular de noble traza que, según reza en la parte superior de la entrada principal, fue construido en 1919, y que ha cumplido por tanto ahora, coincidiendo con la inauguración del Museo, su centenario.

La entrada se realiza a través de un patio ajardinado que conduce a una puerta principal de recio estilo castellano, flanqueada por dos leones, que quieren representar alegóricamente el Honor y el Valor.

PRIMERA PARTE

La entrada al edificio da paso a una primera estancia adornada con una serie de cuadros y objetos que sirven de introducción a la colección del Museo. Entre ellos destacan por su significado una réplica del Sagrado Corazón del monumento del Cerro de los Ángeles con la inscripción *Reino en España*. Es resumen y síntesis de los ideales imperecederos del carlismo. Lo complementa el texto escrito en un friso de madera que enmarca la puerta: *Sólo virtud es nobleza*, que el Museo ha querido convertir en su lema.

Un rincón de la sala se dedica a la memoria del general Nicolás Ollo, comandante general de los carlistas navarros en la última guerra¹². Murió en el sitio de Bilbao el 29 de marzo de 1874, dos días después de su victoria en San Pedro Abando, que le valdría el ascenso a teniente general y el título de conde de Somorrostro concedidos por Don Carlos. Una granada estalló en medio del grupo en el que se encontraba Ollo con otros generales, dejando heridos de gravedad al brigadier Rada (“Radica”), al auditor Escudero, al coronel Torrecilla y al propio Ollo. Falleció aquella misma noche tras su traslado a San Salvador del Valle, donde aún pudo recibir la visita y la gratitud del propio rey carlista. Don Carlos ten-

de Caixa Tarragona entre el 15 de septiembre y el 19 de noviembre de 2006, y de la que se publicó simultáneamente un catálogo por la propia Fundación Caixa Tarragona.

12 B. de ARTAGAN, *Cruzados modernos*, Barcelona: Biblioteca de la Bandera Regional, s.f (1910).

dría un recuerdo especial hacia él al instituir en 1895 la fiesta de los Mártires de la Tradición. En 1912 sus restos mortales serían trasladados al panteón de generales carlistas de Estella, ante la asistencia de 20.000 carlistas. La máscara fúnebre del general entre laureles, esculpida en escayola por S. Toledo; el dibujo al carboncillo de su rostro, obra de J. Carné; la litografía de J. Alaminos representando el momento de su muerte; un recorte de prensa recogiendo el traslado de sus restos al cementerio de Estella con asistencia de Vázquez de Mella, que pronunció un vibrante discurso, y la espada de ceñir que le perteneció, son los recuerdos que en el hall del museo evocan la figura de quien, por las trágicas circunstancias de su muerte, fue considerado el nuevo Zumalacárregui. (Foto 2)

Al otro lado de la puerta que comunica con el interior de la casa, figura una bandera del tercio de requetés barcelonés del Santo Cristo de Lepanto. Fue constituido en la postguerra y fue habitual asistente a los *aplechs* de Montserrat a finales de los años 40 del siglo XX. La bandera se encuentra flanqueada por dos candelabros realizados a partir de granadas de cañón Whitworth con nombres grabados de victorias carlistas. Los carlistas adquirieron en la última guerra 70 cañones de este tipo, cuyos proyectiles recibieron la denominación de *pepinos* y de *pepinazo* el efecto que causaban. Viendo su forma se entiende. Otros cañones carlistas fueron los de ánima lisa de 12 cm fabricados en Ugarte. Se exhibe una réplica acompañada de uno de los proyectiles del mencionado calibre rescatado del terreno.

En las paredes de la estancia se encuentran cinco retratos al óleo. Dos son de Carlos VII, con su perro León el primero, inspirado en el que colgó en las paredes de Loredán, hoy desaparecido, y del pintor italiano Vito Pollio el segundo. Otros dos son del general Cabrera, ataviado en uno con uniforme y su legendaria capa blanca, que es copia del cuadro propiedad del viudo de la última condesa de Morella, y realizado otro por el mismo pintor italiano representando al Conde de Morella ya en sus días de exilio londinense. El quinto es el del general Zumalacárregui, realizado por un pintor aficionado, y que sigue el modelo del famoso grabado de Hombrados Oñativia impreso en las gráficas Laborde y Labayen de Tolosa en los años cuarenta del siglo XX¹³.

El plantel de cuadros al óleo de esta entrada se completa con un húsar de la caballería carlista castellana, debido al pincel del artista galo-español J. Ferré Clauzel, uno de los nombres punteros del actual despertar de la pintura histórica y militar en nuestro país.

Cuelga finalmente de la pared de esta estancia un recuerdo entre laureles y bandas de tela con sus nombres de cinco oficiales del ejército alfonsino que

13 Laetitia BLANCHARD RUBIO, “El papel de los grabados en la percepción del conflicto carlista por parte de los franceses (1833-1839)”, en *El grabado en el mundo digital*, Ormaiztegui, Museo Zumalakarregi, 2006. P. 153-176.

quisieron perpetuar así su participación en la Campaña del Norte, y grabar la fecha, 20 de Marzo de 1876, en que la guerra terminó con la entrada triunfal de Alfonso XII en Madrid.

La parte principal del Museo, según un criterio convencional, se sitúa en la planta sótano del edificio, a la que se accede desde este hall por una pequeña escalera. Está compuesta por una serie de salas dedicadas respectivamente a cada una de las guerras carlistas.

SALA 1: PRIMERA GUERRA CARLISTA (1833-1840)

Unas primeras vitrinas con documentos y grabados que cuelgan de las paredes se dedican a mostrar la continuidad del carlismo con la historia precedente. Porque el carlismo, contrariamente a lo que se cree, ni tuvo su raíz en el problema sucesorio planteado a la muerte de Fernando VII, ni surgió de la nada. Existe un continuidad perfectamente rastreable desde la Guerra contra Francia o contra la Convención, librada de 1793 a 1796 por navarros y catalanes, la Guerra de la Independencia, los levantamientos realistas contra el Trienio Constitucional, la llamada Guerra de los Agraviados o *Malcontents* y, finalmente, el alzamiento carlista de 1833. Tanto como entre este último y los que siguieron en 1846, 1854, 1869, 1872 e, incluso, el alzamiento nacional del 18 de julio de 1936, al menos en lo que a participación del carlismo en él se refiere¹⁴. (Foto 3)

Varios documentos en el Museo dan muestra de esta continuidad, que se expresa en ese lema de Dion, Patria y Rey, utilizado desde mucho antes de su adopción por el Carlismo¹⁵. Documentos que van desde la proclama del general Ricardos transmitiendo la Cédula Real de Carlos IV que declara la guerra a Francia, fechada en 1793; el llamamiento de la Junta de Vizcaya (6 de agosto de 1808) a luchar contra el ejército napoleónico “en defensa de la Religión de nuestros padres”, “la patria a quienes debéis la existencia” y “el Señor que os habían señalado la Constitución y las leyes”; el llamamiento de la Junta de Álava (22 agosto 1823), dependiente de la Regencia de Urgell, instando a los alaveses a prestar apoyo al ejército francés –no ahora el napoleónico y revolucionario, sino el de los Cien Mil Hijos de San Luis que restauraba los poderes de Fernando VII– “que nos ha liberado de la opresión”.

¹⁴ Resulta elocuente al respecto el título de un conocido manual sobre las Guerras Carlistas publicado en la inmediata postguerra: Juan José PEÑA IBÁÑEZ, *Las Guerras Carlistas antecedente del Alzamiento Nacional de 1936*, San Sebastián: Editorial Española SA, 1940.

¹⁵ Esta continuidad de la historia de España en su rechazo del liberalismo fue subrayada especialmente en la clásica monografía de Rafael Gamba sobre la primera de nuestras contiendas civiles del siglo XIX, que hasta entonces había recibido poca atención de los historiadores. Rafael GAMBRA, *La primera guerra civil de España (1821-1823)*, Madrid: Escelicer, 1972. Más recientemente ha insistido en este mismo aspecto Javier Barrycoa en un magnífico compendio de la historia carlista: Javier BARRYCOA, *Eso que no estaba en mi libro de Historia del Carlismo*, Editorial Almuzara, 2019.

Los Voluntarios Realistas, cuerpo militarizado creado por Fernando VII y de los que se expone su Reglamento de 1826, se constituyeron en los principales garantes de la continuidad de ese espíritu tradicional durante los tumbos y veleidades de la última parte del reinado de Fernando. Su efervescencia fue in crescendo en paralelo a la creciente infiltración liberal en los círculos del poder. Desasosiego que tuvo incluso su expresión armada en la insurrección catalana de los *malcontents* y de la que también fue expresión el *Manifiesto de la Federación de Realistas Puros* de 1827, al que probablemente se refiere el interesantísimo documento firmado por el Capitán general de Castilla la Vieja y Subinspector del Cuerpo de Voluntarios Realistas, Francisco de Longa, que se expone en el Museo. En este documento clave, se alerta a los Voluntarios Realistas contra la circulación de un panfleto en el que se llama a proclamar al Infante Don Carlos María Isidro en contra de su hermano Fernando. Fechado a 22 de enero de 1827, es decir, cuando Don Carlos era el heredero indiscutido y siete años antes del comienzo de la guerra carlista, demuestra que si ésta tuvo su ocasión en el problema sucesorio, no tuvo en él sus verdaderas causas. Una gran parte del pueblo español rechazaba las ideas revolucionarias que le venían de fuera y contrariaban sus formas de vida tradicionales, y se agrupó en torno al hermano del monarca porque éste sintonizaba con ellas, en contra de lo que se veían como crecientes concesiones a los liberales por parte de Fernando VII, y no digamos de su esposa María Cristina y de los cortesanos que la iban rodeando a medida que se hacía dueña de la decadente voluntad de su esposo. (Foto 3)

Con problema sucesorio o sin él, aquel rechazo popular a las ideas antitradicionales era patente, y el cambio en la sucesión dinástica –verdadero golpe de estado dado por la camarilla liberal– no fue más que la oportunidad de que estallara¹⁶. Varios documentos expuestos en el Museo dan cuenta de la dimensión legal que tuvo el problema sucesorio. Así la *Real Cédula dando por nulo el decreto de 1833 que derogaba la Pragmática Sanción*, el *Testimonio de las Actas de Cortes de 1789 sobre la sucesión a la corona de España y dictámenes posteriores sobre la materia* (1833), el *Ceremonial para el acto solemne de jura de la princesa Isabel como heredera de la Corona* (1833), o el *Dictamen de la Comisión de Cortes sobre la exclusión de Don Carlos de la línea sucesoria* (1834).

La oposición manifiesta de los Voluntarios Realistas a lo que ocurría en palacio en las postrimerías del reinado de Fernando VII, dio lugar primero a la orden de su desarme y después de su disolución. Estas órdenes de entrega de las armas –de los que el Museo muestra varios recibos de distintas localidades–, junto con el mencionado golpe de mano destituyendo a Don Carlos de su derecho al Trono, fueron la causa próxima e inmediata del levantamiento carlista de octubre de

¹⁶ Federico SUÁREZ, *La Pragmática Sanción de 1830*, Valladolid: Simancas. Estudios de Historia Moderna Vol. I, 1950.

1833 tras la muerte del rey. Resultan elocuentes al respecto el informe de tranquilidad pública en Madrid redactado por el capitán general de Castilla la Nueva el 10 de octubre, y el artículo publicado en la *Gaceta Extraordinaria de Madrid*, sólo diecisiete días después, dando cuenta de la negativa de los voluntarios realistas de infantería de la capital a entregar las armas y de la consiguiente represión, que causó “dos o tres muertos y cinco o seis heridos” y cien voluntarios realistas hechos prisioneros. La guerra carlista había comenzado.

El período al que nos hemos referido, que podríamos llamar de antecedentes o de pre-carlismo, se ilustra en el Museo con distintos objetos originales y valiosos documentos. Así los grabados de Fernando VII, del Barón de Eroles –uno de los triunviros de la Regencia de Urgell–, o de la regente María Cristina y sus hijas, o el documento firmado *Yo el Rey* (Fernando VII) ascendiendo al grado de capitán a Cosme Corvasí, que andando el tiempo sería uno de los primeros en alzarse a favor de Carlos V en el Maestrazgo¹⁷.

En las vitrinas se exponen también otros interesantes documentos de la época, como un recibo firmado por Thomas Zumalacárregui, cuando el que sería legendario militar carlista era un simple oficial de la guerrilla guipuzcoana que luchaba contra los franceses; la medalla del Duque de Angulema, *Hispaniae Liberator*; un parte de Alonso-Cuevillas a Carlos de España, futuros jefes carlistas ambos y que combatían entonces a las órdenes del Barón de Eroles y la Regencia de Urgell; o un ejemplar (diciembre 1823) del periódico *El Restaurador*, afín a los voluntarios realistas.

El guion expositivo de esta primera Sala, dedicada a la Primera Guerra Carlista, acoge a continuación un conjunto de documentos entre los que, sin propósito de exhaustividad, pueden citarse: el folleto *Zumalacárregui y las facciones* (1835), quizás el primer opúsculo en abordar el levantamiento carlista; un bando del general Cabrera *A los Manchegos, Aragoneses, Murcianos y Valencianos*, que prueba la extensión que alcanzó su actividad; proclamas tanto liberales como carlistas; partes de acciones bélicas, como la retirada del general Oráa tras el sitio de Morella (1838) o la victoria carlista en Maella. Y otros interesantes documentos, muchos de ellos autógrafos, como los firmados por el general Cabrera, los generales cristinos Leopoldo O’Donnell o Marcelino Oráa, el Secretario de estado de Don Carlos, José Arias Teijeiro, o el propio rey Carlos V, cuya firma *Yo el Rey* se encuentra en el nombramiento de un capellán del Escuadrón de Lanceros de Guipúzcoa. Figuran igualmente ejemplares de periódicos carlistas del momento, como el *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas* (4 y 14 septiembre 1838) o *El Restaurador Catalán* (23 enero 1840)¹⁸.

17 Javier URCELAY ALONSO, *El Maestrazgo Carlista*, Vinaroz: Editorial Antinea, 2002, p. 89.

18 Sobre este periódico carlista, órgano de la llamada Junta de Berga, existe un interesante estudio monográfico: Josep M^a MUNDET GIFRE, *“El Restaurador Catalán” i la 1^a Guerra Carlina*, Barcelona: Rafael Dalmau Editor, 1980. En la introducción se señala la rareza de encontrar no ya la colección

En otra de las vitrinas se exponen los bonos emitidos por el campo carlista para la financiación de la guerra en enero 1835, febrero 1836 y noviembre 1837, con la entrada del rey en Madrid como única garantía¹⁹. En otra documentos relativos al final de la guerra, como la proclama del general Espartero *A los pueblos Vascongados y Navarros*, emitida desde su cuartel general en Vergara el 1 de septiembre de 1839; o el despacho telegráfico (6 de julio 1840) del cónsul de España en Bayona dando cuenta de la entrada del ejército de Cabrera en Francia, lo que significaba de hecho el final de la guerra.

En el apartado de objetos, cuadros y grabados de esta primera sala, llaman la atención la estatua ecuestre del general Cabrera, ejemplar a escala de la situada en el castillo de Morella; la del lancero navarro obra de José Gabriel García Calvo²⁰; o el soberbio y espectacular cuadro de Augusto Ferrer-Dalmau *Cabrera ante Morella*, que está entre las mejores obras del genial pintor de batallas. Otros lienzos, de menos mérito artístico pero alto valor testimonial, son *La aduana carlista*, copia de Eduardo Moral del original de Joaquín Araujo (1851-1894) conservado en El Prado; el *Sitio de Morella por el ejército de Oraa*, pintado por Ignacio Mingol en 1970 y gemelo del conservado en el Museo Militar de Valencia; el *Traslado del general Zumalacárregui herido*, de autor anónimo y obra del siglo XIX; o el *Retrato del general Miguel Gómez Lamas*, debido al pincel de J.L. Dias y pintado en los años 70 del siglo XX. Con ellos, e ilustrando esa continuidad histórica en la que hemos insistido, destaca también en los fondos del Museo –aunque en este caso no expuesto– el cuadro *Una batalla de la Guerra de la Independencia*, firmado por Eugenio Lucas Velázquez (1817-1870), uno de los más afamados seguidores de Goya.

Entre los grabados destacan los del general Ramón Cabrera, obra de Luis López Piquer –que fue partidario de Don Carlos–, o los de los generales cristinos Espartero, Oráa y Noguerras, este último de triste recuerdo por su responsabilidad en el fusilamiento de la madre de Cabrera; así como las litografías firmadas por el jienense Juan Alaminos, uno de los mejores ilustradores del último tercio del siglo XIX, y que representan los ataques carlistas a Beceite y Albocacer, ambas poblaciones del Maestrazgo.

Junto a todo ello, una serie de objetos procedentes de aquella contienda se exponen en otras vitrinas. Entre ellos un singular chisquero de plata de Carlos V, con el anagrama CV y el lema *Un Dios, Una Ley, Un Rey* grabados en la tapa. O un devocionario que perteneció a Isabel II y que fue regalado al marqués d'Arbois por su chambelán. O pertrechos militares como un catalejo igual al usado por Zumalacárregui; que se conserva en el Museo del Ejército de Toledo;

completa de este periódico sino incluso un solo ejemplar: “qui en té un ejemplar solt, de tal periódic, el guarda com una joia”.

19 *Billetes de España (1783-2002)*, Barcelona: Filabo, 2003, p. 34-37.

20 Esta escultura se realizó tomando como modelo un cuadro de Augusto Ferrer-Dalmau.

polvoreras de asta de toro, pistolas y bayonetas etc. Y medallas de gran valor por su singularidad, como la Cruz laureada de San Fernando del general Cabrera, regalo de su bisnieta la actual Marquesa del Ter; así como la medalla carlista de Quintanar de la Sierra o la liberal otorgada por Espartero a los que tomaron –y arrasaron– Morella en 1840.

La primera sala se concluye –aunque ello ya no tenga relación con la Primera Guerra– con un expositor con autógrafos de ilustres personalidades del carlismo de distintas épocas. Entre ellos una carta de Cándido Nocedal al presidente del Congreso; otra del escritor José María de Pereda a su amigo Antonio Echanove; una dedicatoria manuscrita de Vázquez de Mella; u otros documentos firmados por Matías Barrio y Mier, el general Rafael Tristany, el gran pensador mártir Víctor Pradera o Manuel Fal Conde, todos ellos rodeando a un bello ejemplar de la Cruz de la Legitimidad Proscrita, creada por Don Jaime en 1923.

SALA 2: SEGUNDA GUERRA CARLISTA (1846-1848) Y PERÍODOS DE ENTREGUERRAS

La segunda sala del Museo está dedicada a la Segunda Guerra Carlista y, en general, al período transcurrido entre el final de la Primera Guerra en 1840 y la proclamación de Carlos de Borbón y Austria-Este como nuevo Pretendiente al trono de España en 1869.

En las vitrinas dedicadas al efecto, se exponen interesantes documentos, algunos de ellos de fecha inmediatamente posterior al final traumático de la Primera Guerra, como la carta del jefe catalán Rafael Tristany a Juan Castell fechada el 22 de julio de 1840 desde su exilio en Nantes. Remitente y destinatario aún habrían de tener importante protagonismo en las siguientes contiendas carlistas. O la carta de Monseñor Cirilo de la Alameda al coronel legitimista francés d’Albicy. Fray Cirilo había sido Superior General de la Orden Franciscana, miembro del Consejo de estado de Carlos V en territorio carlista, y era a la sazón arzobispo de Cuba. En su carta, fechada muy poco después del Convenio de Vergara, el 29 de octubre de 1839, lamenta la campaña de difamación dirigida contra él, ya desmentida desde Bourges, y los dineros que posibilitaron “la monstruosa e infame traición de Maroto”.

Un ejemplar del periódico francés *L’Illustration* de 13 de mayo de 1845 retrata al monarca Carlos V en su exilio en Bourges y se pregunta sobre la situación legal del ilustre exiliado. Junto a la carta, una fotografía original o *carte de visite* del propio rey, poco tiempo antes de su muerte en Trieste en 1855. Se trata de una de las tres únicas fotografías que se conocen del primer rey de la dinastía carlista, que falleció cuando este nuevo invento daba sus primeros pasos.

Solo unos años después de finalizar la Primera Guerra, tras abdicar Don Carlos en su primogénito Carlos Luis para facilitar el matrimonio de éste con

Isabel, y una vez fracasado el plan que tenía en Balma a su principal mentor, el nuevo Carlos VI vuelve a llamar a los carlistas a las armas. Los exiliados pasan la frontera y se produce un nuevo levantamiento de partidas, que se consolidaron especialmente en las zonas de Cataluña y Levante y con las que daría comienzo la Segunda Guerra Carlista (1846-1848). Las cartas de los jefes levantinos José Domingo-Arnau y José María de Arévalo de septiembre y octubre de 1846 dirigidas al ya mencionado coronel legitimista francés d' Albicy desde su exilio, dan muestra de la voluntad de entrar en España y de la importancia de la ayuda de los legitimistas franceses para ello.

El periódico *The Illustrated London News* de 17 de Junio de 1847 da cuenta, mientras tenía lugar la guerra, de las andanzas del conde de Montemolín en Londres.

Una carta del general Zaratiegui desde Toulouse de 3 de julio de 1848, dirigida al tantas veces mencionado coronel francés, muestra la decepción por el fracaso de la llamada campaña montemolinista. También el artículo de portada de la revista alemana *Der Sammler* publicada en 1849, se centra en la figura del general Cabrera.

El conde de Morella había vuelto a ser figura principal de la Segunda Guerra, como lo había sido de la Primera. Una vez finalizada ésta, iniciaría su largo exilio en Inglaterra, que duraría ya el resto de su vida. Allí contraería matrimonio con una rica heredera de religión anglicana e ideas legitimistas, Marianne C. Richards²¹. En el Museo se muestra la carta que el conde de Morella dirigió el 4 de mayo de 1850 al alcalde de Lyon –ciudad de su primer exilio–, solicitando un certificado de soltería para poder contraer matrimonio en Londres.

En 1852 nació la primera hija del conde de Morella. El “rey emérito” Carlos V dirige desde Trieste el 29 de diciembre una carta manuscrita a su leal general, dándole la enhorabuena y deseando que su próximo hijo sea un varón. Tras felicitarle la Navidad, dice pedirle a la Virgen de la Cinta, patrona de la Tortosa natal de Cabrera, para que en el nuevo año *nos dé tu mujer el consuelo de entrar en el gremio de la Iglesia*.

Los continuos chispazos levantiscos carlistas durante toda la década de los años cincuenta, culminaron en 1860 con el intento de golpe de estado a favor de Montemolín protagonizado por el general D. Jaime Ortega, pero en el que se supone que estaban implicadas altas instancias del Reino. Su rotundo fracaso acabó con el fusilamiento del infortunado militar, de quien se conserva en el Museo una fotografía de M. Judez hecha en su estudio de Zaragoza pocas semanas o meses antes de su trágico final.

21 Javier URCELAY ALONSO, “El diario de Marianne Richards, la vida desconocida del general carlista Ramón Cabrera, conde de Morella”, *Aportes* 42 (1/2000), p. 3-86.

La década de los sesenta fue para el carlismo un largo túnel de oscuridad en el que pareció correr el riesgo de desaparecer. Sólo la Princesa de Beira, viuda de Carlos V, y unas pocas personalidades mantenían encendida la llama de la legitimidad²². Entre ellas el conde de Morella, que convertido en una respetada personalidad internacional, era siempre el foco de las miradas y esperanzas de los carlistas. A él se dirige Doña María Teresa desde Trieste el 4 de febrero de 1866 en una carta de su puño y letra expuesta en el Museo, en la que le da cuenta de la entrevista con su hermano Felipe²³ y le muestra su total coincidencia con su forma de valorar la situación por la que atraviesa España.

Otros varios documentos y fotografías –como las que los generales Cabrera y Elio se hicieron en 1862 durante su estancia en París– dan cuenta de aquellos años difíciles que transcurrieron entre la muerte de Montemolín y la proclamación en 1869 de Carlos de Borbón y Austria-Este como aspirante al Trono. Su enumeración pieza a pieza prolongaría excesivamente la extensión del presente trabajo. Baste mencionar como colofón de esta época las tarjetas fotográficas o *cartes de visite* del joven príncipe con las que pretendía lanzarse y dar a conocer su figura, o la *Carta-Manifiesto* que el flamante y recién proclamado Carlos VII en la reunión de Vevey, dirige el 8 de junio de 1870 a la Junta Central Católico-Monárquica desde su residencia en La Tour. (Foto 5)

En la misma sala finalmente, pero dando en un salto en el tiempo, se encuentran una variada colección de banderines del siglo XX, con los que las agrupaciones carlistas de las distintas provincias acudían anualmente a Montejurra en los años, cincuenta, sesenta y setenta del pasado siglo. Y dos de los elementos más vistosos de esta primera parte del Museo: el escaparate de uniformes y el expositor con la colección de prensa carlista. El primero, pulcramente dispuesto, muestra algunas vistosas piezas de la uniformidad carlista. Destacan un uniforme de la caballería alavesa de la Primera Guerra, la boina blanca de un oficial carlista que intervino en la victoria de Alpens (9 y 10 de julio 1873) o un bello detente bordado de la misma época. El segundo contiene, en un expositor ad hoc, una rica colección de más de 80 periódicos carlistas de distintas épocas, que van desde 1835 hasta nuestros días²⁴. La colección se cierra con el último ejemplar de *El Pensamiento Navarro* (13 de enero de 1981), que en su portada proclamaba como despedida el mítico “¡Volveré!” que ha sido siempre lema de la imperecedera esperanza carlista.

22 En este mantenimiento del Carlismo jugó un papel esencial el periódico La Esperanza, dirigido por Pedro de la Hoz hasta 1865 y por su hijo Vicente desde entonces y hasta su desaparición en la década siguiente. Esperanza CARPIZO BERGARECHE, *La Esperanza carlista*, Madrid: Editorial Actas, 2008.

23 Felipe era hermano materno de Ramón Cabrera, nacido en el segundo matrimonio de su madre con Felipe Calderó.

24 Para el conocimiento de la prensa carlista, aún no ha sido superado el catálogo que realizó José Navarro, hace ya más de un siglo: José NAVARRO CABANES, *Apuntes bibliográficos de la prensa carlista*, Valencia: Edición del autor, 1917.

SALA 3: TERCERA GUERRA CARLISTA (1872-1876)

La sala dedicada a la última de las guerras carlistas –la Tercera a nivel nacional y la Segunda en la nomenclatura del carlismo vasco-navarro– está presidida por una gran bandera bicolor con el lema Dios-Patria-Rey y el escudo de España con el Sagrado Corazón en el centro, siguiendo las órdenes impartidas por el rey carlista D. Alfonso Carlos. La bandera perteneció a las Margaritas de Aragón, y data probablemente de la época de la II República más que de la última guerra carlista. (Foto 6)

Dos cuadros de Ferrer-Dalmau llaman la atención del que entra en la sala, uno de ellos, genéricamente titulado *Tercera Guerra Carlista*, representa unos jinetes de la caballería carlista dando de beber a sus caballos en el río. Formó parte de la primera exposición del pintor en la Galería Arcadia en abril de 2003, que le dio a conocer en los círculos carlistas madrileños, que serían los primeros en auparle a la fama a nivel nacional. El segundo, titulado *Campamento carlista*, fue parte de la exposición que la siguió cuatro años después en la misma galería, en marzo del 2007, enteramente dedicada entonces a la temática carlista, y que representó la consagración del pintor catalán dentro de la pintura militar española contemporánea. Otras dos obras de Ferrer-Dalmau, las tituladas *Carga de la caballería carlista de la Expedición Real* y *Oficial carlista del escuadrón Real, 1872-1875*, forman parte de los fondos del Museo, aunque no se encuentran de momento expuestas en sus salas.

Junto a estas obras de Ferrer-Dalmau, se expone un cuadro realizado por otro pintor catalán, José Cusachs (1851-1908). Se trata en este caso de unos dibujos a plumilla, con toques de color con acuarela, realizados a modo de apuntes gráficos de la guerra carlista, en la que el propio Cusachs participó en el bando liberal²⁵.

Uno de los rincones de la sala está dedicado al episodio del reconocimiento de Alfonso XII por parte del legendario caudillo carlista Ramón Cabrera, cuando la guerra carlista estaba ya en su tercer año. Un Cabrera de cuyo prestigio se había hecho extenso uso cuando se quiso lanzar la figura del nuevo Pretendiente antes de iniciarse la guerra, como se muestra en las cajas de cerillas y grabados de la época. El inesperado paso dado por quien era entonces la representación viva de la historia carlista, se trata de un capítulo habitualmente deformado, tanto por la historiografía liberal como, sobre todo, por la carlista,

²⁵ Cusachs, militar de carrera, participó en la última guerra carlista en los frentes del Pirineo gerundense, Valencia y Navarra, llegando a ascender a comandante. El también militar, escritor y crítico de arte Francisco Barado, amigo y compañero de Cusachs, manifestaba como su amigo llevaba siempre consigo –incluso en campaña– un bloc donde tomaba notas y realizaba apuntes de escenas y tipos de aquel ambiente militar tan inmediato. Pedro MORA PIRIS, “José Cusachs y Cusachs”, *Diccionario Biográfico Español*, Real Academia de la Historia.

como me ocupé de demostrar —con poco éxito aparente— en mi biografía del Conde de Morella²⁶. Junto a una reproducción del Acuerdo, se muestran los originales de los Manifiestos al Partido Carlista y a la Nación hechos públicos por Cabrera, así como a las reacciones que tal decisión provocó. La *Carta abierta a Don Carlos*, publicada por el general carlista Eustaquio Díaz de Rada el 20 de marzo de 1875 contiene una de las claves del paso dado por Cabrera y los jefes carlistas que le siguieron, que fundamentalmente pretendían acabar con una guerra ya inútil y que desangraba a España:

“En 28 de septiembre de 1871 decía V.M al Conde del Pinar lo siguiente: ‘Si bien es verdad que nos sobran medios para localizar una lucha gloriosa, es más verdad todavía que los pueblos no pueden ni deben soportarla, y que desde el momento en que yo pase el Pirineo, hasta saludar las viejas banderas de Atocha, no deben transcurrir, si España ha de ser grande, arriba de treinta días’”.

En contraposición y salvo excepciones, el carlismo que combatía reaccionó virulentamente, como se aprecia en el editorial de *El Cuartel Real* de ese mismo día, o en los durísimos pasquines que se difundieron entre las tropas carlistas, presentando a Cabrera como el nuevo Maroto que traicionaba la tumba de su madre, o rodeado por los generales liberales que habían sido sus enemigos. También la mención de la carta de 8 de abril de 1875 firmada por el general Joaquín Elio, deplora el paso dado por su antiguo compañero de armas.

De las paredes de la sala cuelgan fotografías de la época y grabados de algunos de los personajes carlistas: el general Pascual Cucala, del que junto a su retrato al óleo se conserva también su placa al mérito militar con distintivo rojo; el famoso y díscolo cura Santa Cruz; los oficiales Francisco Díaz Andino, Donato Sotes y Tomás Segarra de Verger; el canónigo Manterola; el catedrático Matías Barrio y Mier; los generales Dorregaray y Savalls... Una urna de cristal contiene un busto en arcilla este último, mientras que los jefes carlistas del alzamiento de 1872 figuran en un precioso grabado de la época en torno a las figuras de Don Carlos y Doña Margarita. Otros grabados, algunos de ellos publicados en periódicos extranjeros franceses o ingleses, muestran la figura de Don Carlos rodeado de su estado mayor, o distintos episodios de la guerra. Destaca el retrato del rey carlista pintado por el artista francés L. Bonnat para

²⁶ Javier URCELAY ALONSO, *Cabrera. El Tigre del Maestrazgo*, Barcelona: Editorial Ariel, 2006. Es triste comprobar como los viejos tópicos sobre el último Cabrera se siguen repitiendo, a pesar de su falta de rigor histórico. Así por ejemplo en el libro, por lo demás soberbio, recientemente publicado por un destacado filósofo y sociólogo carlista: Javier BARRAYCOA MARTINEZ, *Eso que no estaba en mi libro de Historia del Carlismo*, Editorial Almuzara, 2019, p. 223-224.

la Exposición Universal de 1878, o la carta autógrafa que Don Carlos dirigió al señor de Bordas desde Brighton en 1881.

Extraordinario valor tiene la colección de las medallas y condecoraciones carlistas originales otorgadas durante la Tercera Guerra: Montejurra (1873), Berga (1873), Somorrostro (1874), Carlos VII (1874), Caridad (1874) y Alpens (1873), completada con las posteriores medallas a los Veteranos carlistas, acuñada en Venecia, y la conmemorativa del Juramento de los Fueros Vascos (Guernica 1875), que se creó en 1909.

Otras vitrinas muestran los bonos emitidos para la financiación de la guerra (Amsterdam 1869, La Tour du Peiltz 1870 y Bayona 1873), las monedas acuñadas y los sellos de correos emitidos para su circulación en el campo carlista, junto a un interesante ejemplar del *Código Penal de Carlos VII*, impreso en la Imprenta Real de Tolosa en 1875. Todo ello constituye la prueba más evidente de la existencia de un verdadero estado carlista.

Entre los pertrechos militares expuestos en una de las vitrinas, además de otros varios que sería prolijo enumerar, destacan un sable de oficial carlista con el anagrama C7 grabado en su hoja; un curioso tenedor de rancho de un voluntario, en el que también aparece el C7 grabado junto a la inscripción Dios-Patria-Rey y que fue desenterrado del fuerte de San Juan de Arandigoyen; un ejemplar del revolver Lefauchaux que usaban los oficiales carlistas, o una granada utilizada en la batalla de Lacar. También la carta de seguridad y el brazalete de un voluntario navarro de la Cruz Roja, que fundada poco antes tuvo en la guerra carlista su primera intervención en España en un conflicto bélico.

En el capítulo de documentos, se exponen en las vitrinas cartas, proclamas, despachos, ascensos y concesión de medallas con las firmas autógrafas de Don Carlos, su hermano el Infante Don Alfonso y los más importantes jefes del campo carlista, tales como Mendiry, Dorregaray, Ollo, Elio, Pérula, Maestre etc, así como ejemplares de los dos principales periódicos que se distribuían en el territorio carlista: *El Correo Carlista* y *El Estandarte Católico-Monárquico*.

SALA 4: EL REQUETÉ EN CRUZADA DE LIBERACIÓN NACIONAL (1936-1939)

La última de las salas de esta primera parte del Museo, está dedicada a la participación del carlismo en la guerra civil de 1936-1939. Preside la misma una bandera del tercio de navarro de Santiago²⁷, con el águila bicéfala y la cruz de Borgoña que fueron distintivos de las unidades carlistas combatientes, agrupadas en los llamados Tercios de Requetés. Junto a ella un gran retrato del general

²⁷ En la Cruzada del 36 se formaron dos tercios de requetés que se llamaron de Santiago, uno aragonés y otro navarro. La bandera corresponde a éste último, conocido también durante la guerra como Tercio de Santiago nº 8.

Varela, con las dos cruces laureadas de San Fernando en el pecho como único distintivo, pintado por Enrique Segura. El general José Enrique Varela Iglesias (1891-1951) fue autor de la Ordenanza del Requeté –uno de cuyos ejemplares, dedicado con su firma a un requeté, se muestra junto al retrato– y participó con los carlistas en la conspiración para el alzamiento.

Al otro lado de la sala cuelga una vistosa cornucopia, labrada con la boina roja y la flor de lis, que se asegura perteneció al general Juan Castells y Rosell (1802-1891), que combatió en las tres guerras carlistas, llegando en la última al grado de teniente general y comandante general de Cataluña. También una metopa de madera maciza, tallada con la icónica imagen del requeté caído y el texto *Ante Dios nunca serás héroe anónimo* que condensaba la esperanza sobrenatural con la que los requetés se lanzaban al combate. La pieza adornaba la casa del conde de Rodezno en Navarra.

Otros muchos recuerdos históricos del período de la guerra civil cuelgan de las paredes de la sala. Algunas recuerdan a los caídos, como los retratos de dos oficiales del requeté, o muestran los rostros de requetés que formaron parte de distintos tercios, como la orla con los integrantes de la 1ª Sección del Tercio vizcaíno de Begoña o el exvoto ofrecido a la Virgen de la Piedad, por los requetés de Ulldecona, que escapando de la zona roja se integraron en distintos tercios y regresaron sanos y salvos a casa después de la contienda.

También algunos carteles propagandísticos o para el alistamiento, como los que representan una carga del Tercio de Montejurra o la concentración de mozos en la plaza del Castillo de Pamplona, llegados de toda Navarra para incorporarse al alzamiento. El requeté que se encarama a un poste para colgar la bandera bicolor –el ejército se había levantado en principio con la bandera republicana– y la alusión en la franja superior al histórico “¡Volveré!” pronunciado por Carlos VII, dan cuenta del espíritu con el que se alzaron aquellos primeros voluntarios, conscientes de vivir una nueva carlistada por los mismos ideales de siempre de Dios, Patria y Rey. Sin su concurso, el alzamiento de julio de 1936 habría tenido probablemente un cariz muy distinto.

Las vitrinas de la sala contienen abundantes recuerdos de los requetés y de los tercios en que se encuadraron (Lácar, Montejurra, Montserrat, Mola, Numancia, Abarzuza...): carnets de afiliación, cartas a los familiares, salvoconductos, diarios, insignias, medallas y condecoraciones, parches de tela, tampones, detentes, y así toda una rica colección de los objetos en los que quedó plasmado el espíritu de aquellos verdaderos cruzados y de la causa religiosa y patriótica por la que luchaban. (Foto 7)

Entre los detentes quiero destacar el que perteneció a Constancio Antonio Urcelay Martínez, comandante médico de la columna García Escámez. A ese detente, que llevó mi abuelo en el frente de Somosierra y durante el resto

de la contienda, dedica un capítulo en su libro de memorias la que fuera su enfermera y conocida activista carlista en la República, María Rosa Urraca Pastor²⁸. Unos detentes les libraron providencialmente de una muerte segura. Una historia que conmueve y muestra la convicción con la que los requetés portaban esa pieza de tela bordada –normalmente por las madres, esposas o novias– con el Sagrado Corazón y el texto *Detente bala, el Corazón de Jesús está conmigo*, o simplemente *Detente*, y que llevaban cosida a sus camisas en el lado del corazón.

El último de los rincones de la sala está dedicado a los caídos, a los que el carlismo recuerda anualmente en la fiesta de los Mártires de la Tradición, instituida por Carlos VII. Entre ellos el Museo venera muy especialmente al mártir Antonio Molle Lazo, el requeté de Arcos de la Frontera (Cádiz) que sufrió un cruel martirio y murió con el nombre de Cristo rey en los labios. Su figura ejemplar espera la conclusión de una causa de beatificación que hace mucho tiempo debía haberse completado.

Es aquí donde encontramos la que me atrevo a considerar la mayor joya del Museo: la maleta con el altar portátil que perteneció al P. Ángel Marticorena S.J, capellán de la 3ª Compañía del Tercio de San Ignacio, muerto en el frente de Arechabaleta en abril de 1937, cuando asistía a un requeté que agonizaba. Por un milagro de la Providencia, se ha conservado e incorporado al Museo Carlista de Madrid, gracias a la generosidad de un veterano carlista vasco. En ella se contienen las patas plegables y bandeja de madera para formar el altar, juntamente con los ornamentos sagrados –incluyendo su casulla y estola–, un pequeño cáliz de plata, vinajeras y cucharilla, patena, campanilla, portacorporales, y hasta una pequeña cajita metálica con formas no consagradas que aún se conservan, además del misal con el texto en latín de la Misa, editado por el obispado de Pamplona en 1935. (Foto 8)

Para el Museo Carlista de Madrid, la maleta y su contenido, especialmente las piezas usadas para la Consagración, son la joya que por sí sola vale más que todo lo demás que pueda estar expuesto. Otros papeles u objetos emocionará pensar que contienen la letra escrita de figuras inmortales de la historia carlista, los Zumalacárregui, Cabrera, Ollo, Elio..., o incluso que pertenecieron o estuvieron entre las manos de los propios reyes. Pero la maleta del P. Marticorena S.J. con la que oficiaba la Santa Misa en campaña, era el corazón apostólico de un sacerdote. Su cáliz, su patena, sus lienzos, no sólo fueron tocados por los dedos de un mártir y un héroe, sino que tocaron el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, Rey de Reyes y Señor de los que gobiernan. Ante ello, todo lo demás palidece.

²⁸ María Rosa URRACA PASTOR, *Así empezamos (memorias de una enfermera)*, Bilbao: La Editorial Vizcaína. 1940.

SEGUNDA PARTE

La segunda parte del Museo supone un cambio radical de escenografía. Nos adentramos ahora en una vivienda de hace un siglo, evocadora por su decoración y ambiente de un tiempo pasado en el que el carlismo, y más específicamente la dinastía de los reyes carlistas, pasan a primer plano haciéndonos presentes.

Pero antes de acceder a esta parte por una puerta lateral del edificio, es preciso atravesar un pequeño patio en el que encontramos otro de los tesoros de este Museo. Dispuestas ordenadamente en un muro, se encuentran las placas de hierro que formaban parte del monumento erigido en lo alto del monte Isusquiza en recuerdo de los requetés y soldados que allí dieron su vida por Dios y por España²⁹. La cruz del monumento fue vilmente derribada por el odio, y sus restos piadosamente recuperados por los carlistas alaveses. Donadas al museo, se reúnen de nuevo las placas que la tapizaban y que recogen una oración y los nombres de los caídos en aquella gesta. El Museo se compromete así a conservar la memoria de aquellos hombres que dieron su vida luchando por Dios y por España y a rendir el permanente tributo de honor que su heroísmo reclama. (Foto 9)

Traspasada esta zona, una puerta del siglo XVIII, con la placa del Sagrado Corazón que era tan común en las puertas de las casas españolas de antaño, da paso a esta segunda parte del Museo, que empieza subiendo los peldaños de una sobria y evocadora escalera de madera, que ya desde su inicio parece adentrarnos en otra época. En sus altas paredes y en sus rellanos se disponen abundantes recuerdos carlistas: esculturas en bronce del escultor Fernando Florez; grabados de cuadros de Cusachs y Victor Morelli, pequeños óleos de soldados carlistas... Otras piezas curiosas reclaman nuestra atención, como un muñeco de celuloide alemán de los años treinta del pasado siglo, excepcionalmente conservado gracias a su flamante uniforme de brigadier carlista, o un *madelman* de nuestra época “tuneado”, con gran fidelidad, de general Zumalacárregui. (Foto 10)

También la copia fotográfica de un importante retrato del conde de Morella –cuyo original permanece en los fondos no expuestos del Museo–, de impecable factura académica, obra del destacado pintor inglés John Prescott Knight, encargo del propio conde de Morella y que permaneció en manos de sus descendientes hasta su adquisición para el Museo.

²⁹ Para conocer todo lo referente al monumento de Isusquiza y al acto de su inauguración puede verse el reportaje publicado en *El Pensamiento Alavés* de 23 de septiembre de 1940. Al acto inaugural asistieron más de 8.000 personas, en lo que constituyó una grandiosa manifestación patriótica. El monumento sufrió a partir de 1980 varios actos de vandalismo y atentados, hasta el que causó el derribo de la cruz en 1986. Los carlistas alaveses restauraron lo que pudieron y dejaron al menos un pequeño altar en la cumbre en el que poder seguir celebrando la Santa Misa, como puede leerse en el *ABC* del 27 de septiembre de 1989.

Pero lo que más llama la atención al ascender por la escalera son, sin duda, las banderas y estandartes que cuelgan por sus paredes, y de las que luego daremos detalle en capítulo aparte. Entre ellas nos limitamos a mencionar ahora el precioso estandarte procesional con la imagen del Sagrado Corazón, de finales del XIX o principios del siglo XX, y que perteneció a la sección del Apostolado de la Oración de Santa Perpetua de Moguda (Barcelona). (Foto 11)

Un último cuadro llama nuestra atención en el rellano final de la escalera, antes de dar paso a la entrada a la vivienda. Se trata de un singular grabado de la *Imagen de Nuestra Señora de Belén, Santísima y milagrosa Patrona de la Congregación de hermitaños y anacoretas de la Sierra de Córdoba, con la perspectiva meridional del santo monte donde habitan*, realizado en 1827 por F. Jordan (1778-1832) a devoción y expensas de los Serenísimos Infantes de España Don Carlos M^a Isidro de Borbón y María Francisca de Asís de Braganza y Borbón.

LAS BANDERAS DEL MUSEO

Traspasada la puerta que da paso al interior de la vivienda, se alzan frente a nuestros ojos, enhiestas en este caso en sus mástiles, otras dos banderas blancas con la cruz de Borgoña o cruz de San Andrés. Es, por tanto, el momento de hablar de estas y de las otras banderas que, en distintas localizaciones, se conservan en el Museo.

Una bandera no es un trozo de tela, por colorista o rico que éste sea. La bandera es un símbolo cuyo significado va más allá de los elementos materiales que la constituyen. En el caso de las banderas de las unidades militares, representan los Ideales que alientan al combate, la Causa que se defiende con las armas, el sacrificio que se está dispuesto a arrostrar, la valentía y el heroísmo que se derrochan en los campos de batalla y, especialmente, el recuerdo de los muertos que dieron su vida en el combate, caídos bajo los pliegues de esas banderas. Eso hace siempre a las banderas objetos revestidos de una cierta sacralidad, la de toda vida humana, la de toda acción que trasciende la propia existencia.

De las innumerables banderas de las guerras carlistas, la gran mayoría se ha perdido o se encuentra en paradero desconocido, especialmente las de la Primera Guerra, librada hace ya más de cinco generaciones. Otras se encuentran en los museos, como el Museo del Carlismo de Estella –entre ellas la *Bandera Generalísima* del Ejército Real bordada por la Princesa de Beira– o el Museo del Ejército de Toledo. Algunas otras se conservan en colecciones privadas, como las procedentes del Museo de Recuerdos Históricos de Pamplona, que han parado en las colecciones Baleztena, del Partido Carlista o de la Fundación Jaurreguizar. Otras, especialmente estas procedentes de los tercios de requetés de la Cruzada de 1936, se conservan en paraderos diversos, como la, Hermandad de excombatientes del Tercio de Montserrat, el Museo de la Hermandad de la

División Azul, o la Congregación de San Fermín de los Navarros de Madrid, que guarda varias banderas de tercios navarros.

La conservación de todas estas banderas, evitando su desaparición física, pero también su “desaparición moral” del ámbito comunitario, es una obligación a la que el Museo Carlista de Madrid no quiere ser ajeno, y a la que contribuye de acuerdo a sus modestas posibilidades, conservando las siguientes banderas de la última historia carlista³⁰:

GALA DE CORNETA DEL TERCIO DE EL ALCÁZAR

El Tercio del Alcázar se constituyó por iniciativa de Don Manuel Fal Conde, el capitán de Requetés Don Aurelio González de Gregorio y el entonces Capitán de Caballería Don José Sanz de Diego, a partir de compañías de requetés que se encontraban en el Sur y Sudoeste de Madrid en diciembre de 1936, con voluntarios de muy diversa procedencia. Las fuerzas reunidas con la denominación de Tercio de Requetés de El Alcázar, se pusieron bajo el mando de Don Emilio Alamán, que sería su primer comandante. Lucharon en distintos frentes, incluida su participación en la decisiva batalla del Ebro y en el frente de Levante, participando al final de la guerra en los desfiles de la Victoria de Valencia y Madrid.

BANDERA DE LA 1ª COMPAÑÍA DEL TERCIO DE SANTA GADEA

El Tercio de Santa Gadea fue constituido en enero de 1937, con dos compañías de Requeté alavés, que estaban en el sector de Orduña, y con voluntarios de Burgos. Pasó a depender de Burgos, y, en agosto de 1937, ocupó el Valle de Mena y el Puerto de los Tornos. Pasó luego a Santander e intervino en la Campaña de Aragón y de Cataluña –Huesca y Lérida– y terminada esta fase paso al Centro, hasta el final de la guerra.

El Tercio de Santa Gadea recogió en sus filas requetés de toda la zona norte de Burgos. Un primitivo núcleo fue el de la pequeña localidad de Quincoces de Yuso y otros del Valle de Losa. Se le unirían después otros grupos de requetés de Briviesca, Saucillo, Espinosa de los Monteros, Medina de Pomar y otras localidades del norte de Burgos. Por el contrario requetés de Miranda de Ebro combatieron en unidades alavesas.

La bandera del Tercio se conserva en la Hermandad de la División Azul de Madrid, y sobre ella apareció una crónica en el ya mencionado *Boletín Carlista de Madrid* nº 50, de marzo-abril del 2000.

³⁰ Para la información sobre los distintos tercios de requetés resulta de consulta indispensable el libro del fallecido profesor Aróstegui: recientemente reeditado: Julio ARÓSTEGUI, *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2013.

BANDERA DE LAS MARGARITAS DE ARAGÓN

Bandera de las Margaritas de Aragón, del periodo de la II República y a la que ya hemos hecho referencia. La bandera probablemente proceda de alguna sede de las Margaritas o de la Comunión Tradicionalista. Bordada en seda y extremadamente frágil por su antigüedad, mide 87x125 cm aproximadamente.

GUION DEL TERCIO DE REQUETÉS SANTIAGO Nº 8

El Tercio Santiago nº 8 formó parte del conjunto de 22 tercios organizados en Navarra al comenzar la Guerra Civil de 1936-1939. Formado en Pamplona el 25 de julio, tomó su nombre del santo del día. Al mando del entonces comandante Ildefonso Navarro, partió hacia Somosierra, por Burgos, para incorporarse a la Columna de García Escámez. Posteriormente pasó al sector de Navafría, a las órdenes de Rada. Sus efectivos consistieron en 600 hombres entre los que se contaron 30 muertos y 120 heridos.

En opinión de Juan Luis Peña, conocido experto y autor del libro sobre *La Guerra Civil y sus banderas (1936-39)*, “es probable que sea un guion de mando de un oficial de requetés de ese Tercio por las tres flores de lis que tiene”³¹.

ESTANDARTE RADIO REQUETÉ DE CAMPAÑA

Estandarte de Radio Requeté de Campaña, de la 1ª División Navarra, bordado a mano en doble raso e hilos de plata y oro. Se trata de una réplica de la bandera original, proveniente de una antigua sede provincial de la Comunión Tradicionalista de los años 60-70.

El Tercio de Radio Requeté de Campaña nació durante el llamado *Parón del Norte* cuando el frente se estabiliza en Vizcaya a principios de Octubre del 1936. El tercio fue creado simultáneamente en San Sebastián y Vitoria por una serie de personalidades vascas vinculadas de antiguo con la Comunión Tradicionalista, que proporcionaron el primer material de transmisiones. A él se incorporaron requetés procedentes de distintas unidades –fundamentalmente los tercios de Lácar, Montejurra y Navarra- así como algunos falangistas y miembros de Renovación Española que gozaban de la formación técnica en radio y automovilismo que la unidad requería.

En las filas del tercio luchó Javier Nagore Yarnoz, notario carlista pamplonés y cronista de sus episodios bélicos en la 1ª de Navarra.

³¹ Informe sobre la bandera del Tercio de Santiago nº 8. Archivo del autor.

BANDERÍN TERCIO REQUETÉ DEL SANTO CRISTO DE LEPANTO

Bandera-guion original del Tercio del Requeté del Santo Cristo de Lepanto, 3ª Compañía, que formó parte de la Comunión Tradicionalista de Barcelona en los últimos años 40 y los 50 del siglo XX.

El Tercio del Santo Cristo de Lepanto fue formado por requetés de Barcelona en la segunda mitad de los años 40 del siglo XX, realizando diversos campamentos y actividades, y desfilando en los *aplechs* carlistas de Montserrat. (Foto 12)

BANDERA TERCIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

La bandera perteneció al valenciano Tercio de Nuestra Señora de los Desamparados, formado antes de la guerra y que no salió al frente al fracasar el alzamiento en Valencia. Iniciada la contienda, el tercio trató de reconstruirse en Zaragoza a partir de requetés valencianos, pero no llegó a actuar por presiones de la gente de la C.E.D.A. y de Falange de Zaragoza que querían organizar la Bandera de Falange Valenciana.

Probablemente la bandera depositada en el Museo no sea la del primitivo tercio anterior a la guerra, sino de los años 50 o 60 del siglo XX, época en la que el tercio fue reconstituido por los carlistas valencianos que acudían uniformados y portando su bandera a las concentraciones anuales de Montejurra.

BANDERA DEL TERCIO DE REQUETÉS CRISTO REY

En el número 62 del *Boletín Carlista de Madrid*, D. José Luis Dohijo Sancristóbal, escribió una carta “Sobre el Banderín del Tercio Cristo Rey”, en el que explicaba con todo detalle el origen de la bandera:

“Puedo ofrecer datos sobre el banderín del Tercio de Cristo Rey, publicado en el Boletín de septiembre pasado, ya que fui cofundador de dicho Tercio en su reorganización. En enero de 1963, siendo Jefe provincial de requetés de Madrid José María Cruz de Beraluce, se reorganizó el Tercio bajo el mando del capitán Emilio Marín de Burgos. Concurrimos un buen número de veteranos e incluso algunos excombatientes de la Cruzada.

Se formaron dos Compañías, la primera mandada por el oficial Domingo Rodrigo y el alférez Wenceslao Maroto y la segunda por el teniente Julián Ferrari, siendo alférez de

la 1ª Sección el granadino José Luís Labella. Aquí estaba el popular sargento Doderó, carloctavista, como yo y José María del Amo.

El banderín fue encargado por el capitán Marín en el establecimiento Navas, de la calle del Carmen, de la capital. La idea de los fusiles la dio el citado Emilio Marín a Jaime González de los Herreros, sobrino del fundador de la revista “Iglesia-Mundo”, Jaime Caldevilla. El capitán Marín dijo, lo recuerdo, que quería en el mismo “muchos fusiles, muchos fusiles”. Nunca se emplearon éstos, como es sabido, en las banderas de los Tercios que lucharon en la Cruzada. Yo personalmente lo recogí, pagando, creo, 5.000 Ptas, y lo llevé al hombro por las calles de Madrid hasta el Círculo. De los oficiales quiero recordar también, para honrar su memoria, a Juan José Teja, veterano montañés, a Klimenko, ruso blanco, del tercio María de Molina, Caballero Mutilado Absoluto, y al alférez Artemio Benavente, excombatiente. Así mismo recuerdo especialmente a los capitanes Mariano Lamamié de Clairac, lealísimo siempre, y al felizmente vivo el veterano Juan Manuel Elorza. No puede faltar mi emotivo recuerdo al capitán Guillermo de Padura, carlista y amigo, que se hizo cargo del Tercio en 1976”.

BANDERAS DE LOS REQUETÉS DE OLITE Y LOS VOLUNTARIOS POR NUESTRA SEÑORA DE UJUE

La primera de ellas con los colores de la bandera nacional y el escudo del águila bicéfala y cruz de San Andrés, perteneció al Círculo carlista de Olite, y fue realizada en los años sesenta o setenta del pasado siglo por las religiosas carmelitas de la misma localidad, replicando la original destruida durante la guerra y de la que, al parecer, sólo se conservó el escudo central, que se incorporó a esta nueva bandera.

El mismo origen tiene la bandera de los Voluntarios por Nuestra Señora de Ujue, en este caso blanca, con la cruz de Borgoña y la leyenda habitual de Dios, Patria y Rey.

EL SALÓN DE LOS REYES

Pero volvamos a la visita que habíamos dejado interrumpida. Nos encontramos ahora en el denominado Salón de los reyes, primera estancia de la vivienda a la que habíamos accedido a través de la escalera de madera. (Foto 13)

El título de esta sala se debe a que en ella se muestran todos los reyes de la dinastía carlista. El primero de ellos, Carlos V, está presente en dos retratos al óleo, de mayor valor testimonial que calidad artística. El primero es el Don Carlos de la Primera Guerra, de uniforme y autor anónimo. El segundo es el Don Carlos anciano de los años del exilio en Trieste, poco antes de su fallecimiento. Fue pintado a comienzos del presente siglo por el pintor madrileño Miguel Ángel Sánchez Romero, tomando como modelo una de las tres únicas fotografías que se conoce del primer rey de la dinastía.

A Carlos V le sucedió su hijo Carlos Luis, Carlos VI, del que apenas se conocen un par de retratos al óleo en su edad adulta. Se muestra aquí una fotografía coloreada de la colección Alinari, en la que el conde de Montemolín aparece con uniforme.

A la muerte prematura de Montemolín en 1861, los derechos pasaron a su hermano Juan Carlos, con el nombre de Juan III. Sus veleidades liberales le llevaron incluso a reconocer a Isabel II, aunque en la Tercera Guerra acabara incorporándose al ejército de su hijo Carlos VII. De Don Juan no se conocía más retrato al óleo que el que colgaba, con uniforme de general carlista, en uno de los salones del palacio de Loredan. Por eso resulta de especial interés el retrato ovalado que se muestra en el Museo, obra fechada en 1877 y firmada por el pintor José María Alarcón. (Foto 14)

La abdicación final de Juan III permitió hacerse con el derecho al trono a su hijo primogénito Carlos, que reinaría efectivamente con el nombre de Carlos VII. De él, el más retratado de los reyes carlistas, se conservan en el Museo varios retratos al óleo. El que se muestra en el Salón de los reyes es el realizado en 1888 por Ramón Altarriba, barón de Sangarrén, siguiendo el patrón marcado por el famoso retrato pintado por Enrique Estevan y que ha servido de modelo para varios otros después. En este caso, el cuadro fue donado por el barón de Sangarrén al Círculo Carlista de Vitoria, como consta en la dedicatoria escrita en el mismo.

A la muerte de Don Carlos pasaron los derechos a su único hijo varón Jaime, que conocemos como Jaime III en la nomenclatura carlista. De él existen abundantes retratos fotográficos, e incluso retazos de película, pero pocos retratos al óleo. El más conocido es el que realizó el pintor Carlos Vázquez en 1911, del que se hicieron abundantes copias litográficas, una de las cuales es la expuesta en el Museo. En él aparece Don Jaime con uniforme carlista y boina roja, circunstancia esta relativamente excepcional, dado que resultaba mucho más proclive a retratarse con su uniforme de húsar del ejército ruso. No fue este el único rasgo decepcionante de quien fue hijo y sucesor del más legendario de los reyes carlistas. (Foto 15)

A la muerte de Don Jaime, soltero y sin descendencia, los derechos saltaron hacia atrás y recayeron en Don Alfonso, hermano de Carlos VII, que adoptó el nombre de Don Alfonso Carlos I para sortear el escollo ordinal de llamarse

Alfonso cuando su pariente Alfonso XIII vivía en el exilio y se hallaba en desgracia. De Don Alfonso se conocen igualmente poquísimos retratos al óleo, y por eso en el Museo se expone una pequeña reproducción del que pintó Roque Yarza, fiel carlista que formaba parte de su servidumbre.

Con Don Alfonso Carlos, último rey de todos los carlistas, se extinguió en la práctica la dinastía carlista. A partir de él, el carlismo dividió su obediencia entre una serie de Pretendientes o abanderados, como Don Javier de Borbón-Parma, llamado Javier I, o Don Carlos de Habsburgo, el Carlos VIII de los denominados carloctavistas, cuyos retratos se muestran igualmente en el Salón. Más recientemente la división continúa entre los seguidores de Carlos Hugo, que al fallecer fue sucedido por su hijo Carlos Javier, y los que propugnan a Don Sixto, hermano de Carlos Hugo y que, a diferencia de la confusa posición doctrinal que mantuvo éste, profesa un ideario tradicionalista intransigente.

Junto a todos estos retratos, otros muchos otros objetos llaman la atención del visitante en el interior de este salón, en el que el tiempo parece haberse detenido. De entre todos ellos destaca una soberbia vidriera del siglo XIX con la imagen de los tres primeros reyes carlistas, que es posible proceda del mismísimo palacio de Loredan, y que es en todo caso anterior a una parecida que se expone en el Museo Carlista de Estella. (Foto 16)

Otras varias pinturas al óleo adornan la sala. La primera, titulada *A la guerra* es copia del cuadro de Alberto Pla y Rubio (1867-1937) con el que ganó la primera medalla en la Exposición nacional de 1895. También destaca el cuadro de *Don Carlos Calderón en Montejurra*, copia firmada por Fierros del magnífico cuadro realizado por Enrique Estevan, que recientemente fue adquirido por un comprador ruso en una sala de subastas, como ejemplo de los riesgos que hoy sufre el patrimonio histórico relacionado con el carlismo.

De mayor calidad artística es el retrato del mariscal de campo Don Francisco Vivanco y Barbaza-Acuña³², del Consejo de SM, atribuido bien a Vicente López o a alguno de sus hijos, Bernardo o Luis.

Junto a ellos, esculturas, armas, detentes y escapularios y otros objetos completan la abigarrada colección de esta sala, que envuelve al visitante en un ambiente de otra época.

ESTANCIAS DEDICADAS A LOS MIEMBROS DE LA DINASTÍA

Rodeando al Salón de los reyes se disponen las distintas habitaciones de la vivienda, dedicadas monográficamente a los distintos miembros de la dinastía.

³² Las memorias de la vida militar del general Vivanco, general Jefe de Estado Mayor de la División Navarra en la Primera Guerra fueron publicadas por su bisnieto: José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI Y VIVANCO, *Centenario de la campaña carlista: Zumalacárregui-Vivanco*, Valladolid: Imprenta y Librería Casa Martín, s.f. (1918).

La primera de ellas se consagra a Carlos V y su hijo el Conde de Montemolín o Carlos VI para los carlistas. En ella se recogen una serie de magníficos grabados con retratos de ambos, realizados en el segundo tercio del siglo XIX, así como algunas fotografías. Como piezas singulares destaca un retrato al óleo del Infante Carlos Luis siendo niño, obra del pintor de cámara de la Corte fernandina Francisco Lacoma, y que estaría destinado a alguno de los palacios de la real familia. (Foto 17)

Merece igualmente resaltarse el retrato al pastel de María Francisca de Braganza, primera esposa de Don Carlos María Isidro y madre de sus tres hijos, de autor desconocido. Con ellos y con su esposo aparece también retratada en uno de los grabados, realizado en los primeros años treinta del siglo XIX en la litografía de Pérez, que estaba situada en la madrileña calle de Bordadores.

Otro grabado de especial valor es el que representa la fiesta de carnaval en el palacio real de Nápoles, en el que junto a los reyes de las Dos Sicilias y otros miembros de la familia real, aparece la condesa de Montemolín, María Carolina de Borbón Nápoles.

La habitación dedicada a Carlos VII contiene igualmente distintos grabados, fotografías dedicadas –Don Carlos usaba la fotografía como una poderosa arma de propaganda–, y recuerdos del que fue el mejor de los reyes carlistas, como la carta manuscrita que escribió al general Carlos Calderón el 16 de agosto de 1878 dándole el pésame por el fallecimiento de su madre, o la medalla a los veteranos carlistas, creada por Don Carlos como homenaje a todos los que habían luchado bajo su bandera. (Foto 18)

En la pared principal de la habitación, destacan tres preciosas litografías de gran tamaño, dedicada la primera a una *Misa de campaña del ejército carlista*, realizada en Madrid por J.M. Mateu y que fue regalada a los suscriptores de *El Correo Español*. Las otras dos son retratos de Don Carlos, litografiado por Felipe González Rojas en el primer caso, y pintado a lomos de su caballo blanco por Colomo en el segundo.

Dos bustos del rey carlista completan el conjunto de recuerdos de esta habitación. Uno de ellos realizado por el ya fallecido escultor bilbaíno Sergio Blanco, el famoso integrante del conjunto musical Mocedades y del dúo formado después con su esposa Estíbaliz, y de quien poca gente conoce su faceta de magnífico escultor y autor de obras relacionadas con el carlismo, al que le vinculaban raíces familiares.

Una pequeña escalera desde esta habitación conduce al encantador *Camerino de Doña Margarita*, dedicado a la que fue primera esposa de Don Carlos y madre de sus hijos, a quien los carlistas llamaron *el ángel de la Caridad* por sus desvelos en asistir a los heridos y hospitalizados durante la guerra. Su nombre ha quedado perpetuado al convertirse en denominación común de las mujeres carlistas, conocidas como *margaritas*.

La tercera de las habitaciones de la vivienda está dedicada a las figuras de Don Jaime y Don Alfonso Carlos, el último rey de todos los carlistas y último eslabón de la dinastía. En ella se muestra una gran cantidad de fotografías originales de la época –estamos ya en el siglo XX–, la mayoría de ellas dedicadas por uno u otro de ambos monarcas carlistas, así como una serie de pequeños recuerdos: medallas e insignias con el anagrama JIII de Don Jaime, sellos de correo sin valor postal etc. Entre ellos destacan, colgados de la pared, un hermoso pañuelo de seda de propaganda jaimista, y la corbata de bandera con los colores de la senyera con la que los carlistas catalanes conmemoraron el primer centenario de la Guerra de la Independencia. (Foto 19)

Finalmente hay que destacar en esta sala dos retratos al óleo de quienes fueron probablemente los dos principales pensadores del tradicionalismo: Don Antonio Aparisi y Guijarro y Don Juan Vázquez de Mella, pintados respectivamente por Juan Borrel Pla (1876-1963) y por el artista italiano contemporáneo Vito Pollio. Su interés radica no sólo en su valor artístico, sino en unos de los escasos retratos al óleo que conocemos de estas dos personalidades cimeras del pensamiento tradicional. (Foto 20)

LA SALA DE LOS LIBERALES Y LAS ÚLTIMAS ESTANCIAS

Concluidas las habitaciones dedicadas a los reyes carlistas, una última recuerda a quienes fueron adversarios del carlismo a lo largo de tres guerras formando parte del ejército liberal, cristino, isabelino o alfonsino. En ella se exponen cuadros al óleo, como el retrato de un joven Rafael de Echagüe y Birmingham antes de su ascenso al generalato³³. O los retratos, también de autor desconocido, de otros dos jefes alfonsinos, cuyas condecoraciones delatan su participación en la guerra contra los carlistas. (Foto 21)

Junto a ellos, otros cuadros al óleo de soldados de Infantería, condecoraciones liberales –como la medalla al Ejército del Norte de 1878, o las dedicadas a los defensores de Bilbao y de Teruel en la Primera y Tercera guerra, respectivamente–, o grabados como el del joven Alfonso XII realizado en 1876, o el de las maniobras del ejército a las afueras de la Puerta de Alcalá el 23 de junio de 1833, en celebración de la jura de la princesa Isabel como heredera del Trono.

Una vez concluidas las salas temáticas, aún restan en el Museo dos estancias adicionales, en las que la decoración y el mobiliario tienen un particular sabor de época. Es la primera el despacho-biblioteca, cuya austera decoración castellana en madera incluye valiosos recuerdos carlistas, como dos grabados del morellano Francisco Cruella realizados en plena guerra carlista; un retrato de Carlos VII

³³ El general Echagüe sería más adelante conde de Serrallo, gobernador de Cuba y Filipinas y senador del Reino.

copia del que realizó Carlos Vázquez en 1903; un tondo de Dios Patria Rey con el escudo de Pamplona pintado en 1928 por María Isabel Baleztena; una litografía de Zumalacárregui firmada por Gustavo de Maeztu; fotografías con dedicatoria autógrafa de Carlos VII, o los magníficos dibujos originales de Cusachs realizados con plumilla sobre papel cebolla. (Fotos 22 y 23)

Conectada con el despacho-biblioteca se encuentra la llamada sala de música, a la que da nombre un piano de la marca Rösensch, fabricado en Dresde en la segunda mitad del siglo XIX, al que acompañan las partituras del himno *Oriamendi* y la *Marcha del Requeté*, de época jaimista, que se apoyan sobre un atril. (Foto 24)

La sala se adorna con diversos cuadros, entre los que destaca por su honda emoción el titulado *Oración ante el compañero muerto*, firmado en el XIX por J. Hernández y que representa un sargento de Infantería rezando sobre la tumba del compañero caído en combate. Junto a él, el amable óleo de *Los novios carlistas*, de Enrique Gómez Martín, pintor sevillano de finales del siglo XIX; y, especialmente, dos soberbios retratos al pastel de Don Carlos y Doña Margarita, adquiridos en Burdeos de entre los bienes de una familia de exilados carlistas del XIX.

Otras fotografías y grabados completan la decoración de esta sala, de un marcado carácter que llamaríamos *isabelino*, si no fuera en este caso por lo impropio del término. (Foto 25)

OTROS FONDOS DEL MUSEO

Aparte de los objetos expuestos y que hemos ido describiendo, el Museo Carlista de Madrid dispone de otros fondos cuya exhibición está pendiente de la apertura prevista de nuevas salas en la planta baja del edificio. Entre estos fondos figuran un magnífico busto de Don Alfonso Carlos e importantes pinturas al óleo, como el espectacular retrato de *Cabrera ante sus tropas*, del pintor vitoriano Mikel Olazábal; los ya citados *Carga de la caballería de la Expedición Real* y el *Oficial carlista del escuadrón Real, 1872-1875*, ambos de Augusto Ferrer-Dalmau; cuatro grandes retratos de Carlos VII, obras de José Soriano Fort –pintor de cámara del marqués de Cerralbo–, Ramón Altarriba y otros dos autores anónimos, respectivamente; el pintoresco cuadro de *Cabrera ante Morrell*, realizado en 1840 por la miniaturista francesa Aimée Thibault o Amada Thibault. (1780-1868); o el *Día de guerra*, magistral pintura de Joaquín Agrasot que representa una intervención de la Cruz Roja asistiendo a unos carlistas heridos en combate. (Fotos 26 y 27)

Junto a estos cuadros, se conservan igualmente en estos fondos no expuestos otros grabados de época y muchos documentos que con el tiempo deberán irse catalogando y quizás exponiendo.

El Museo es un ser vivo, cuyo rostro evoluciona e irá evolucionando en función de nuevas piezas que puedan irse incorporando a la colección, bien sea a través de adquisiciones o de cesiones en depósito por parte de sus propietarios. Es esta una modalidad que se pretende impulsar, precisamente para combatir la dispersión y pérdida de tantos recuerdos carlistas arrinconados hoy en cajones y trasteros familiares, que el Museo pretende poder ir poniendo en valor y abrir a todos los amantes de la historia carlista.

EPÍLOGO

Las páginas anteriores dan una imagen completa del contenido de un Museo que llama la atención de cuanto lo visitan, por su contenido y por su continente, y que podrá seguir creciendo si recibe ayuda para ello hasta ser el gran museo nacional del carlismo. Su propósito es llenar un vacío en la memoria histórica española de los dos últimos siglos, en los que el carlismo tuvo un protagonismo hoy silenciado o deformado. Por eso, el Museo Carlista de Madrid pretende ser un lugar de referencia para el carlismo que aun sobrevive. No sólo como museo, sino también como centro promotor de iniciativas destinadas a estudiar, conmemorar y difundir la historia y significado del tradicionalismo político español.

Es objetivo del Museo igualmente la conservación de archivos personales o familiares, tanto para su custodia y estudio como para su futura eventual clasificación y digitalización, por ser esta una tarea que parece especialmente urgente en este tiempo de herederos con casas pequeñas y poca posibilidad de hacerse cargo de “las carpetas de papeles del abuelo”.

La página web del Museo (www.museocarlistademadrid) pretende ser la vía de comunicación y el escaparate digital para mantener informada a una creciente red de amigos del Museo. Su blog está abierto a la participación de cuantos quieran colaborar con la publicación de trabajos sobre la historia y el pensamiento carlistas. Agradezco en este sentido el convenio establecido con el C.E.H.P. General Zumalacárregui para la potenciación de los estudios de carácter histórico y, en general, para la preservación, investigación y difusión del patrimonio histórico del carlismo.

El Museo Carlista de Madrid nace por iniciativa privada de un particular, que expone la colección reunida por él a lo largo de dos décadas, y a costa exclusivamente de su propio pecunio. Pero su vocación no es privada, sino puesta en marcha como servicio a la causa de la España católica y los ideales del tradicionalismo. No es por tanto un museo sobre el carlismo, como puede haber otros, sino un *museo carlista*, y esto marca su diferencia. No pretende ser exponente de ningún afán acaparador ni prurito personal, sino modesta expresión de la voluntad de servir a un ideal religioso y patriótico por el que lucharon

generaciones de carlistas, que se quiere preservar y compartir, para que no muera, para que pueda ser abrazado por otros españoles que quieran hacerlo suyo.

Deseamos fervientemente que el Museo tenga larga vida, y que la misma trascienda la inevitable brevedad de la de su promotor. En todo caso, lo contemplamos con la mirada tranquila de quien cree haber hecho lo que ha podido. Sólo esto importa si hacemos nuestro el lema de los caballeros templarios: *non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (no a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria).

ANEXO FOTOGRÁFICO



Foto 1. Historiadores y personalidades carlistas reunidos en la inauguración del Museo el pasado 27 de abril de 2019.



Foto 2. Aspecto parcial del hall de entrada al Museo.



Foto 3. Vista de la Sala de la Primera Guerra.



Foto 4. Vitrina y grabados sobre los antecedentes del carlismo.



Foto 5. Vitrina escaparate con uniformes en la Sala de la Segunda Guerra.



Foto 6. Detalle de la Sala de la Tercera Guerra.



Foto 7. Recuerdos de los tercios de requetés.



Foto 8. Maleta que perteneció al P. Marticorena S.J., capellán del Tercio de San Ignacio.



Foto 9. Placas procedentes del monumento de Isusquiza.



Foto 10. Escultura realizada por Fernando Florez.

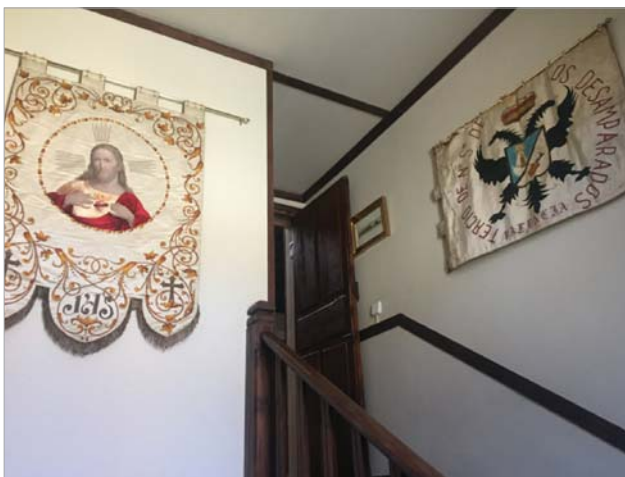


Foto 11. Estandarte y bandera en la escalera de acceso a la segunda parte del Museo.



Foto 12. Bandera del Tercio del Santo Cristo de Lepanto.



Foto 13. Vista del Salón de los reyes.



Foto 14. Detalle del Salón de los reyes con el retrato de Juan III.



Foto 15. Otra vista del salón de los reyes con los retratos de Carlos VII y Don Jaime.



Foto 16. Vidriera del siglo XIX con las imágenes de los tres primeros reyes carlistas.



Foto 17. Detalle de la sala dedicada a Carlos V y Carlos VI.



*Foto 18.
Recuerdos de
Carlos VII.*



*Foto 19. Rincón de la habitación
de Don Jaime con el retrato
de Juan Vázquez de Mella.*



*Foto 20. Retrato de Aparisi y Guijarro
pintado por Juan Borrel Pla.*



Foto 21. Detalle de la sala dedicada al ejército liberal.



Foto 22. Vista del despacho-biblioteca.



Foto 23. Recuerdos carlistas en el despacho-biblioteca, entre ellos tres fotografías dedicadas por Carlos VII.



Foto 24. Detalle de la Sala de música con el cuadro Oración ante el compañero muerto.



Foto 25. Retrato al pastel de Don Carlos de Borbón y Austria-Este que se expone en la Sala de música.



Foto 26. Cabrera ante sus tropas, pintado por Mikel Olazábal.

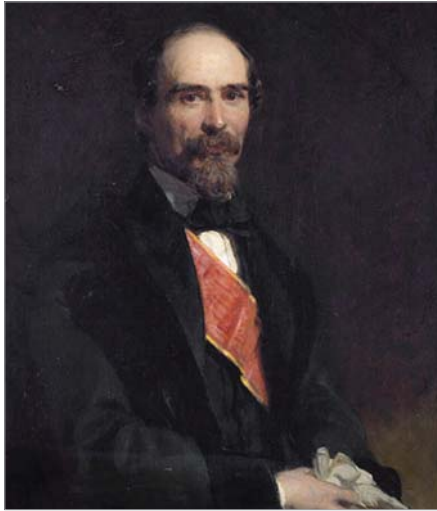


Foto 27. Magnífico retrato del conde de Morella, obra de John P. Knight.

BIBLIOGRAFÍA

- Julio ARÓSTEGUI, *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2013.
- B. de ARTAGÁN, *Cruzados modernos*, Barcelona: Biblioteca de la Bandera Regional, s.f. (1910).
- Javier BARRAYCOA, *Eso que no estaba en mi libro de Historia del Carlismo*, Editorial Almuzara, 2019.
- Billetes de España (1783-2002)*, Barcelona: Filabo, 2003, p. 34-37.
- Laetitia BLANCHARD RUBIO, “El papel de los grabados en la percepción del conflicto carlista por parte de los franceses (1833-1839)”, en *El grabado en el mundo digital*, Ormaiztegui: Museo Zumalakarregi, 2006, p. 153-176.
- Alfonso BULLÓN DE MENDOZA (director), *Las Guerras Carlistas*, Madrid: Editorial Actas, 1993.
- Esperanza CARPIZO BERGARECHE, *La Esperanza carlista*, Madrid: Editorial Actas, 2008.
- El Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial*, Ayuntamiento de San Lorenzo de El Escorial (texto a cargo de Gabriel Saban Bergamín.), Madrid: Editorial Mediterráneo-Meral Ediciones SL, 2007.
- Antonio FORNES, *Viaje a la sabiduría*, Barcelona: Editorial Diéresis, 2018, p. 53-54.
- José Antonio GALLEGO GARCÍA, *El Cura Merino. El vendaval de Castilla*, Madrid: Foro para el estudio de la Historia Militar de España, 2019.
- Rafael GAMBRA, *La primera guerra civil de España (1821-1823)*, Madrid: Escelicer, 1972.
- José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI Y VIVANCO, *Centenario de la campaña carlista: Zumalacárregui-Vivanco*, Valladolid: Imprenta y Librería Casa Martín, s.f. (1918).

- Javier JORDÁN DE URRÍES DE LA COLINA, *La Casita del Príncipe de El Escorial*, Madrid: Fundación Iberdrola España, Cuadernos de Restauración de Iberdrola XII, p. 53.
- Pedro MORA PIRIS, “José Cusachs y Cusachs”, *Diccionario Biográfico Español*, Real Academia de la Historia.
- Josep M^a MUNDET GIFRE, “*El Restaurador Catalán*” i la 1^a Guerra Carlina, Barcelona: Rafael Dalmau Editor, 1980.
- José NAVARRO CABANES, *Apuntes bibliográficos de la prensa carlista*, Valencia: Edición del autor, 1917.
- Juan José PEÑA IBÁÑEZ, *Las Guerras Carlistas antecedente del Alzamiento Nacional de 1936*, San Sebastián: Editorial Española SA, 1940.
- María Elvira ROCA BAREA, *Imperiofobia y Leyenda Negra*, Madrid: Ediciones Siruela, 2016.
- Federico SUÁREZ, *La Pragmática Sanción de 1830*, Valladolid: Simancas, Estudios de Historia Moderna Vol. I, 1950.
- Javier URCELAY ALONSO, *Cabrera. El Tigre del Maestrazgo*, Barcelona: Editorial Ariel, 2006.
- Javier URCELAY ALONSO, “El diario de Marianne Richards, la vida desconocida del general carlista Ramón Cabrera, conde de Morella”, *Aportes* 42 (1/2000), p. 3-86.
- Javier URCELAY ALONSO, *El Maestrazgo Carlita*, Vinaroz: Editorial Antinea, 2002, p. 89.
- María Rosa URRACA PASTOR, *Así empezamos (memorias de una enfermera)*, Bilbao: La Editorial Vizcaína, 1940.

ARTÍCULO RECIBIDO: 10-06-19, ACEPTADO: 14-06-19